**El ser humano hacia la plenitud por medio del afecto, según algunos
textos de Tomás de Aquino y de Edith Stein**

**The human being towards plenitude through affection, according to some texts by Thomas
Aquinas and Edith Stein**

Catalina Velarde Lizama

Doctora en filosofía clásica
Universidad finis terrae
catavelarde@gmail.com

Resumen: En este trabajo se mostrará como la afectividad humana por medio del deseo, es la que mueve al ser humano hacia su perfección. Por eso es fundamental trabajar en las virtudes y en orientar la sensibilidad humana hacia el conocimiento de sí mismo y de Dios para que así el hombre pueda realizar el proyecto para el que fue creado.

Esta obra no puede realizarse con las solas fuerzas humanas por lo que requerirá ayuda de la gracia. No obstante, la gracia perfecciona a la naturaleza que libre y consciente ha tomado decisiones que le permitirán entregarse a Dios, que es el único que responderá a la promesa de felicidad, amor y perfección con las que él mismo creó el corazón humano.

Palabras clave: Deseo, voluntad, Dios, matrimonio místico y gracia.

Abstract: In this work it will be shown how human affectivity, through desire, is what moves the human being towards his perfection. That is why it is essential to work on the virtues and orient human sensitivity towards knowledge of oneself and of God so that man can carry out the project for which he was created.

This work cannot be done with human strength alone, so it will require the help of grace. However, grace perfects nature that has freely and consciously made decisions that will allow it to surrender to God, who is the only one who will respond to the promise of happiness, love and perfection with which he himself created the human heart.

Key Words: Desire, will, God, mystical marriage and grace.

Introducción.

Dios, por ser persona, crea con un fin. Y uno de sus objetivos al crear el universo consiste en que el Orbe haga las veces de un espejo; en el que la divinidad pueda esconderse y rebelarse según sea el caso. Si en este espejo se contempla un ser humano espiritual, podrá descubrir que en el fondo del espejo se encuentra aquel que dio existencia a la totalidad de los entes. Otro de los objetivos del Creador, consiste en que cada una de sus criaturas llegue a la plenitud de su propia naturaleza, ya que así podrá ser feliz. En el caso de los animales, la naturaleza los provee de todo lo necesario para lograrlo. Pero, ¿qué pasa con el ser humano? Al crearlo libre le entrega la decisión de construir su vida, fijando de modo personal cada una de sus metas. Entonces, ¿cómo puede cerciorarse de que llegará a su propia plenitud? O mejor, ¿cómo se las arreglará el Creador de todo para llevar a la plenitud a entes libres?

En el caso de las criaturas irracionales, la opción de llevarlas a la meta por medio del instinto y de sus necesidades primarias es muy razonable, pero esto no es posible en el caso de las racionales, ya que de hacerlo así Dios se contradeciría a sí mismo condicionando a seres creados libres. En este trabajo se mostrará el modo en que Dios, cual Padre amoroso, le propone al ser humano un camino hacia la propia perfección, y por medio del afecto intenta convencerlo para que tenga a bien seguirlo. Así respeta la libertad humana y utiliza todas las herramientas divinas para cautivarlo y lograr su amistad. Así, Dios mendiga del corazón humano, que no puede satisfacerse si no descubre que el amor de la divinidad es lo único que saciará su deseo más profundo.

1. EL AMOR COMO FUERZA CREADORA Y UNIFICADORA TANTO EN EL SER HUMANO COMO EN EL UNIVERSO

Dios crea gratuitamente, comunicando así su bondad por medio de una multiplicidad de criaturas que reciben el don de la existencia. El cosmos jerárquicamente ordenado que funciona con leyes muy precisas, no sólo recibe el ser al inicio de la creación, sino que es mantenido en la existencia por su

creador a lo largo del tiempo¹. Dentro del universo está la criatura humana, que al igual que todo su entorno recibe la existencia y su propio modo de ser racional gratuitamente del Creador².

No obstante, Dios no se contenta con darle al hombre la existencia y con hacerlo a su imagen al crearlo espiritual, sino que lo crea con un fin sobrenatural, porque su cumplimiento supone que lo reciba como un don. El segundo momento que consiste en que la finalidad humana se identifique con una vocación divina, también es gratuito, y no se sigue necesariamente de la creación del hombre; ya que Dios, al ser omnipotente, podría haberle designado otra tarea³. Pero como el Creador no quiere tratar como esclava a su criatura libre, imprime en su corazón un deseo que sólo podrá saciarse cuando descansa en la contemplación de su autor⁴. Este deseo de la voluntad es natural, y está destinado a conducir al hombre hacia su fin sobrenatural⁵; se trata de la capacidad afectiva humana que se compone del apetito y de la voluntad, en relación con las facultades cognoscitivas tanto sensibles como racionales.

El ser humano es un viajero movido por el deseo, que se expresa en las exigencias fundamentales de verdad, belleza y felicidad perfectas que se encuentran en el centro de su persona. Estas exigencias orientan el viaje del yo por el castillo del alma hacia la morada central en la que se encuentra Dios. Si el yo establece su morada cerca del centro del alma, el ser humano podrá llevar una vida auténtica; ya que será dueño de todo el castillo y por tanto, de todas sus acciones. Esto es posible si cada una de las decisiones que toma durante su vida son conscientes y libres. En cambio, si pone su morada en una esfera más superficial del alma, su vida será inauténtica; ya que tanto los sentidos como los apetitos sensibles, guiarán la mayoría de los actos que realice. Sin embargo, cuando opta por la primera vía, descubre que en cuanto criatura de Dios, es amado y mirado con una gran ternura; y que su vida es importante para aquel que lo creó de modo gratuito. Esta ternura lo conmueve y le permite confiar en su Creador y abandonarse a la acción de la gracia, que lo transforma poco a poco en un ser espiritual que sea capaz de habitar en el centro del alma y de recibir las respuestas que su corazón anhela en un encuentro íntimo con aquel que es el creador de todo.

Pero la acción de Dios no es sólo pasiva, en cuanto bien amado, sino que también activa, ya que al crear difunde el bien entre todos los entes. Así, establece con los hombres una relación de amistad, por la que los atrae, tanto por medio de los demás seres creados que al ser buenos participan en algún grado

---

¹ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I, q. 8, a. 1, InC.

² Cfr. de Lubac, Henri, El misterio de lo sobrenatural, pp. 120-124.

³ Cfr. de Lubac, Henri, El misterio de lo sobrenatural, pp. 127-130.

⁴ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I, q. 105, a. 4, InC.

⁵ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I-II, q. 19, a. 9, InC.

del bien universal, actuando como fines intermedios; o directamente siendo amado por el hombre con un amor de benevolencia libre y electivo⁶. Esta relación amorosa entre ambos se funda en la caridad que, aunque es un don gratuito de Dios dado a la criatura humana, consiste en un deseo mutuo del bien⁷. Dios desea la plenitud del hombre, y la criatura humana reconoce a Dios como su hacedor esperando ver su rostro en la patria celeste en la que la caridad será perfecta⁸.

2. EL DINAMISMO DEL AMOR Y SUS EFECTOS EN LA RELACIÓN ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

Santo Tomás sostiene que hay un movimiento necesario de la voluntad hacia el fin último, y hacia todo lo que tiene una relación directa y necesaria con él; por lo que podría afirmarse que la voluntad está dirigida al bien universal⁹. El bien universal, como ya hemos mostrado, se identifica con el sumo bien que es Dios; por lo que puede concluirse que, si la voluntad humana está orientada hacia el bien, por medio de la virtud, tiende a amar a Dios como último fin, es decir, que ama más a Dios que a sí misma¹⁰.

Sin embargo, para que esto ocurra es necesario que el hombre reconozca a Dios como un bien que le es conveniente, porque completa todas las aspiraciones de su naturaleza racional¹¹. El ser humano, por medio de la inteligencia fortalecida por la gracia, reconoce a Dios como la suma verdad y tiende a su conocimiento¹². Además, lo busca con la voluntad como a su propio bien, y como el lugar en que podrá saciarse su deseo¹³. Este movimiento afectivo es posible, porque ningún bien particular es capaz de saciar la capacidad infinita de verdad y bien de sus potencias intelectuales, y esta búsqueda lo reconduce hacia su creador, como algo que lo atrae, porque es el único que podrá responder a las exigencias que constituyen a su naturaleza racional, y en las que consiste su bienaventuranza¹⁴.

3. EL HOMBRE CREADO COMO PROMESA DE LA CONTEMPLACIÓN DIVINA

---

⁶ Cfr. Artola, José María, Creación y participación, pp. 282-285.

⁷ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., II-II, q. 23, a. 4, InC.

⁸ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., II-II, q. 23, a. 1, ad. 1.

⁹ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I, q. 82, a. 2, InC.

¹⁰ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I-II, q. 19, a. 9, InC.

¹¹ Cfr. Tomás de Aquino, S. C. G., IV, c. 19.

¹² Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I-II, q. 109, a. 3, InC.

¹³ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I-II, q. 109, a. 3, ad. 1.

¹⁴ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I-II, q. 109, a. 3, ad. 3.

Santo Tomás dice que el hombre es una imagen más perfecta de Dios que todo el universo¹⁵. Porque es un ser espiritual cuyas potencias intelectuales se asemejan con la esencia divina, tanto en su inmortalidad e inmaterialidad, como en la capacidad de amarse y conocerse a sí misma y a Dios¹⁶. La posibilidad de relacionarse con Dios por medio del intelecto y la voluntad, hacen que la semejanza con él sea superior a la de todas las demás criaturas¹⁷; y en el caso de la imagen consecuente, puede perfeccionarse a lo largo de la vida por medio de la acción libre del hombre¹⁸.

Sin embargo, cuando Dios crea al hombre a su imagen, le imprime un deseo, que es una especie de interrogante afectiva que sólo se sacia cuando lo contempla. El deseo de Dios, junto con sus potencias racionales hacen que el hombre trascienda al universo físico, y esté subordinado directamente a lo universal¹⁹. Esta subordinación implica que por medio de la inteligencia es capaz de conocer la verdad, y que su búsqueda no quedará satisfecha hasta conocer la primera causa de todo lo creado, y de amar el sumo bien por medio de la voluntad. Ambas potencias ponen al hombre en relación con el ser en cuanto tal, característica que le permitirá buscar por medio de la multitud de entes, la causa primera de todo. A través del bien y la verdad, Dios conduce hacia sí a la criatura humana. El camino de ascenso desde los entes finitos hacia el Dios infinito es fundamental, porque el deseo del hombre de verdad y de bien no podrá saciarse hasta contemplar a Dios del que verdad y bien son atributos²⁰. De este modo, el fin último de la naturaleza humana que consiste en la contemplación de la esencia divina, único acto en que pueden realizarse todas sus exigencias²¹, lo proyecta más allá de su propia naturaleza, impulsándolo hacia una realidad sobrenatural que lo supera²².

4. La buena voluntad como camino a la felicidad humana

Santo Tomás al caracterizar la semejanza que perfecciona a la imagen, sostiene que es la capacidad del hombre de adquirir las virtudes²³. Se trata de las virtudes morales que perfeccionan cuatro aspectos

---

¹⁵ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I, q. 93, a. 2, ad. 3.

¹⁶ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I, q. 93, a. 4, InC.

¹⁷ Cfr. Tomás de Aquino, S. C. G., II, c. 46.

¹⁸ Cfr. Tomás de Aquino, S. C. G., II, c. 46.

¹⁹ Cfr. de Lubac, Henri, El misterio de lo sobrenatural, pp. 150-154.

²⁰ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I-II, q. 3, a. 5, InC.

²¹ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I-II, q. 3, a. 4, ad. 1.

²² Cfr. de Lubac, Henri, El misterio de lo sobrenatural, pp. 156-160.

²³ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I, q. 93, a. 9, InC.

fundamentales del ser humano. Gracias a la prudencia es posible llevar la teoría a la práctica, y hacer bien el bien de modo consiente. Además esta virtud permite conocer la realidad y el lugar que debemos tomar en ella; además de proyectarnos hacia el futuro.

La templanza y la fortaleza permiten que tanto el apetito irascible como concupiscible sean dominados por la razón y la voluntad, asunto que ayuda a la persona humana a ser dueña de sí misma y la libera del dominio de los instintos permitiéndole entrar en su propia interioridad. Y finalmente la justicia a tratar a nuestros semejantes como es debido.

Por medio del uso de las virtudes y del libre albedrío, el ser humano emprende su camino hacia la plenitud. Este camino es posible gracias a la buena voluntad, que inclina a la persona humana a querer lo debido y le permite desear los bienes superiores y rechazar los inferiores. Este discernimiento es posible gracias a la recta razón y a la buena voluntad, que producen una conciencia recta. Para que esta rectificación de la conciencia sea posible se requiere tanto la adquisición de las virtudes como la ayuda de la gracia, ya que el ser humano después del pecado original no logra realizar por sí mismo aquello que desea; por lo que la gracia acude en su ayuda fortaleciendo su naturaleza²⁴.

Según San Agustín, la persona humana será feliz si adquiere algo que sólo pueda poseer por su propia voluntad; se trata de algo espiritual que nadie podrá arrebatarle. Estas características las cumple la verdad, que puede ser conocida por la razón y querida por la voluntad. Si el ser humano logra llegar a la verdad suprema por medio de las verdades inferiores, llegará a conocer y a amar a Dios y su voluntad ya no querrá nada más. Esta posesión la llenará de gozo y como habrá obtenido la verdad perfecta se saciará su búsqueda, por lo que podrá decirse que poseerá el bien perfecto²⁵.

Santo Tomás señala otro modo de imitar a Dios que consiste en la acción libre del hombre, se trata de actos basados en sus potencias racionales, es decir, inteligencia y voluntad²⁶. Al tener libre albedrío, como ya hemos señalado, el ser humano es dueño de sus acciones; y por medio de una luz intelectual, llamada sindéresis, puede conocer algunos principios prácticos que le indican cómo actuar, ayudándole a distinguir el bien del mal²⁷. Además, como la voluntad es apetito racional del bien universal, por medio del deseo de felicidad, le va mostrando el camino hacia su plenitud²⁸.

Ambos caminos muestran el modo en que el ser humano va realizando el proyecto que Dios tuvo de él al crearlo y el modo en que la imagen natural de Dios que hay en él se purifica poco a poco. Esta

---

²⁴ Cfr. Edith Stein. *Que es el hombre*. Vol IV. P. 810.

²⁵ San Agustín, de Libero Arvitrio. En Edith Stien. *¿qué es el hombre?* Vol iV. P. 812-816.

²⁶ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I-II, q. 109, a. 2, ad. 1.

²⁷ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I, q. 79, a. 12, InC.

²⁸ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I, q. 82, a. 1, InC.

similitud permite que la vida del ser humano sea cada vez más plena y que Dios pueda transparentarse en él por medio de sus obras. Sin embargo, la capacidad de auto posesión y de dirigirse hacia Dios en cuanto último fin, aunque es natural y pertenece a todos los individuos del género humano, necesita ser actualizada para que la semejanza del hombre con Dios sea real. Este reajuste de las potencias intelectivas en dirección a la divinidad implica un movimiento del hombre hacia el fin, que consiste en asemejarse a su creador²⁹.

Al igual que el proceso anterior, se lleva a cabo por medio de las virtudes. No obstante, el ser humano no logra progresar utilizando sólo sus fuerzas naturales, sino que requiere la ayuda de la gracia, que, sin anular su libertad, repara su naturaleza si libremente lo consiente. Esta ayuda es necesaria, porque con el pecado original, tanto las potencias intelectivas como apetitivas se debilitan, aunque no se pierde del todo su tendencia hacia el bien³⁰. Pero, Dios deja de ser el objeto más amado de la voluntad, que tiende a dirigirse hacia bienes sensibles; por lo que para reorientar su afecto hacia Dios en cuanto fin requiere la fuerza de la gracia³¹.

Cuando esta imagen natural es fortalecida por la gracia, se transforma en una *imago recreationis* en la que el hombre es capaz de obtener la felicidad³². Consiste en el hábito de amar y conocer a Dios, aunque de un modo imperfecto, porque se trata de un amor humano que se da en la vida terrena. Sin embargo, para que la disposición habitual sea posible, se requiere la acción de la gracia, que sólo puede darse en los hombres justos, porque tienen la intención de adherirse al proyecto que Dios ha pensado para ellos. A diferencia de la imagen natural, se puede perder, porque el hombre al pecar rechaza la voluntad divina y actúa según sus apetitos, oscureciendo la imagen divina.

En la *imago recreationis* se actualiza el proyecto que está en potencia. En la imagen natural, hasta llegar a su perfección en la vida de la gloria, en la que se alcanza la máxima y definitiva semejanza con Dios. En su perfección, que depende del drama de la relación personal con Dios de cada hombre y de su capacidad para recibir la gracia, transcurre toda la historia de la vida humana, hasta llegar al último día en que se adquiere la *imago similitudine* que al igual que la imagen natural no se puede perder, y que consiste en el rostro que tendrá cada hombre al encontrarse con Dios. La nitidez de esta imagen

---

²⁹ Cfr. García Cuadrado, José Ángel, "El fundamento de la imagen de Dios en el hombre. Interpretación de D. Báñez a la doctrina tomista", Anuario Filosófico, Universidad de Navarra, Vol. 34, 2001, pp. 643-646.

³⁰ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I-II, q. 109, a. 2, InC.

³¹ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I-II, q. 109, a. 3, InC.

³² Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I-II, q. 110, a. 2, InC.

dependerá de su actividad afectiva: mientras más haya amado a Dios y al prójimo, su capacidad de recibir la visión beatífica aumentará, por lo que su asimilación a Dios será mayor³³.

---

³³ Cfr. Reinhardt, Elisabeth, *La dignidad del hombre en cuanto imagen de Dios*, pp. 162-165.

5. EL ALMA HUMANA EN EL REINO DEL ESPÍRITU

Teresa de Ávila sostiene que el alma es como un castillo, cuya puerta de entrada es la oración. Esto supone que la primera actitud de aquel que emprende un viaje hacia su interioridad consiste en reconocer la necesidad de pedir algo, y por tanto, tiene una mínima conciencia de sentirse limitado. En el transcurso de este viaje se reconoce criatura pecadora, y luego admite que Dios es el creador y aquel que es perfecto. En la cuarta morada unifica las facultades externas que regresan al castillo y comienzan a buscar sólo a Dios, logrando así la unificación de la persona humana, que deja de desear múltiples objetos externos para centrar su atención en Dios y en la conversión de Sí misma. Esta purificación del deseo aumenta la conciencia del yo de sus imperfecciones y lo prepara para un encuentro nupcial con dios, que habita en la séptima morada³⁴.

No obstante, para que pueda ocurrir este encuentro el yo debe tomar algunas decisiones. La primera de ella consiste en establecer su morada en el centro del alma, o lo más cerca de este posible. Esto le permitirá ser el Señor de toda el alma, conocerla en plenitud y poder viajar por ella. Al vivir en el centro del alma su vida y sus decisiones serán auténticas, y el yo será libre y dueño de sí mismo³⁵. Para poder entregarse a Dios por amor, es fundamental conocerse a sí mismo y poseerse completamente, de otro modo la entrega no es auténtica. El primer acto de entrega supone conocer la voluntad de Dios y adherir a ella por amor. Esta adhesión, como ya dijimos, unifica al alma y sus potencias, porque Dios guía todas sus decisiones y sus anhelos, motivos por los que el yo tenderá hacia el bien. En este estadio el afecto de la persona está centrado sólo en Dios y sufre cada vez que no logra actuar según sus designios.

En el centro del alma humana vive solo Dios y aquí el alma puede entrar después del matrimonio místico. Para que este se lleve a cabo el ser humano debe realizar el máximo acto de voluntad que consiste en la entrega total a Dios. Para que esto sea posible el alma humana debe conocerse a sí misma y ser consciente de cada una de sus decisiones. Por este motivo se trata de un acto de libertad, porque se entrega poseyéndose. Este acto supremo de fe ocurre después de la purificación de las dos noches. En la noche activa se purifica la voluntad, que solo quiere aquello que quiere dios. de este modo su deseo unifica todas sus fuerzas afectivas. Y en la noche pasiva se purifica la razón ya

---

³⁴ Teresa de Ávila. Las moradas o el castillo interior. Editorial Estella maris 2015.

³⁵ Cfr. La ciencia de la Cruz. Edith Stien. Obrascompletas editorial monte carmelo año 2004. P. 338-344.

que es obligada a dejar de meditar e imaginar, para confiar en Dios que es el único que puede guiarla por la oscuridad absoluta.

Al salir de estas dos noches el corazón del alma y el de Dios se unen formando una sola voluntad y el alma humana vive en comunión con la vida divina que es trinitaria. De estas cosas solo tenemos algunas aproximaciones ya que como todos sabemos, la experiencia mística es inefable. Sin embargo, es importante señalar que la misericordia de Dios hace posible que el ser humano pueda participar en la vida divina si así lo desea y si vive su vida de modo auténtico. No obstante, este es un regalo que Dios otorga a aquellos que quiere³⁶.

RECAPITULACIONES CONCLUSIVAS

Hemos mostrado que la naturaleza humana tiene un fin sobrenatural que consiste en contemplar la esencia divina, para lo que ha sido creada con la forma de una promesa insaciable. Aunque Dios crea gratuitamente, y gratuitamente proyecta al hombre más allá del universo material, podríamos preguntarnos si al crearlo sediento de él mismo no se obliga a cumplir esta promesa³⁷. Al investigar sobre la pena del pecado original, Santo Tomás sostiene que consiste en dejar de ver a Dios, ya que antes del pecado, por el auxilio de la gracia, todas las facultades humanas estaban dispuestas para que su visión fuera posible³⁸. En consecuencia, después del pecado, el hombre requiere que Dios repare la naturaleza caída, y además que le permita verlo si quiere. Ambos actos son gratuitos, lo que transforma al fin del hombre en un don, al igual que su origen y todo el camino que recorre hasta alcanzar la plenitud³⁹.

Aquí aparece la paradoja cristiana: Dios crea al hombre con una sed de infinito que no está obligado a saciar; pero que como es bueno y además es el gobernador del universo, podría llevar a la plenitud⁴⁰. Así, la historia del ser humano transcurre desde el inicio, hasta el día de su consecución en una relación libre y gratuita con su autor, al que el hombre puede llamar desde el abismo más profundo del alma,

---

³⁶ Cfr. Edith Stien. Ciencia de la cruz. Obras completas Vol V. p 348-350.

³⁷ Sobre la polémica causada por la encrucijada entre la gratuidad divina y la exigencia de la naturaleza humana, véase: de Lubac, Henri, El misterio de lo sobrenatural, pp. 222-241.

³⁸ Cfr. Tomás de Aquino, Cuestiones disputadas sobre el mal (De malo), Presentación, traducción y notas de Ezequiel Téllez Maqueo, Eunsa, Pamplona, 1997, q. 5, a. 1, InC.

³⁹ Cfr. Tomás de Aquino, De malo, q. 5, a. 1, ad. 1. Aquí Santo Tomás propone como solución gratuita de Dios la encarnación del Verbo, por la cual se redimen y se sanan aquellos que tienen fe. Este punto puede ser una línea de investigación post doctoral.

⁴⁰ Cfr. Tomás de Aquino, S. Th., I, q. 103, a. 6, InC.

esperando que le responda, y Dios, como es bueno y se conmueve con la criatura humana hasta el punto de implorarlo a su Hijo que la rescate, acudirá a su auxilio y seguramente le permitirá contemplar su esencia para que todo se lleve a cumplimiento.

Así, además de estar presente en cada cosa, establece con la criatura humana una relación especial en la que se le revela poco a poco por medio del universo creado, de modo más directo por medio de su hijo, y a algunas almas de forma particular en un matrimonio místico en el cual hace partícipes de la vida trinitaria de un modo tan misterioso que ni ellos mismos logran comunicar de modo muy preciso.